LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 27 DE MAYO DE 1889 — NÚM. 387

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

NUESTROS ARTISTAS



EL DOMINGO DE RAMOS EN VENECIA, fragmento de un cuadro de José Villegas

SUMARIO

Texto. – *Nuestros grabados. – Las islas Samoa y la colonización germánica*, por don Emilio Castelar. – *La bondad de D. Jacinto*, por don Ricardo Revenga – *Noticias varias. – Historia de los Microscopios.*

Grabados. – *El Domingo de Ramos en Venecia*, fragmento de un cuadro de José Villegas. – *Recuerdo de Interlaken*, dibujo de J. M. Marqués. – *La muerte de Galileo*, cuadro de Nicolás Barabino. – *¿Qué habrá sido de él?* cuadro de F. Holl. – *Distribución de premios en el Asilo de niños de Valencia*, cuadro de José Benlliure y Gil. – *Artistas dramáticas alemanas. – La rendición de Bailén*, cuadro de Casado, dibujo á la pluma de P. Eriz. – *Suplemento artístico: Llegada de la abuelita.*

NUESTROS GRABADOS

EL DOMINGO DE RAMOS EN VENECIA, fragmento del cuadro de este título de J. Villegas

La detallada descripción y justa crítica que del cuadro á que pertenece este fragmento hizo en el número 307 de esta Ilustración uno de nuestros más distinguidos colaboradores, nos releva de entrar en el examen de las bellezas del mismo y de exponer los datos históricos que relativos al asunto en él tratado fueron ya consignados en aquella ocasión. Sólo haremos notar una singular coincidencia: decía en el artículo á que nos referimos D. A. Fernández Merino... «Inmediatamente después sigue un grupo de pajes cantores y músicos que por sí sólo haría cuadro,» y tan acertado anduvo el experto crítico en formular este juicio que hoy pueden ver nuestros lectores ese fragmento formando lienzo con vida propia, si así puede decirse, sin que en él se note la menor deficiencia, sin que nadie pueda, sin saberlo, sospechar que es simplemente un retazo sacado de un cuadro histórico de grandes proporciones, sin que el más severo juez pueda encontrar impropio el título que del todo ha pasado á esa parte de la hermosa pintura de Villegas.

Téngase, pues, por reproducido cuanto dijimos del lienzo completo y unamos á los aplausos de entonces los de ahora, que si los elogios podrían resultar plagio, la admiración es siempre nueva cuando se trata de apreciar las obras de un artista como el autor de la que nos ocupa.

RECUERDO DE INTERLAKEN, dibujo de J. M. Marqués

Marqués es un verdadero artista que se deleita en la contemplación de lo bello; de aquí la pasión que siente por la poética Suiza, el país de los azulados lagos y de los límpidos arroyos, de las accidentadas montañas y de los risueños valles, de los frondosos bosques y de las cascadas murmuradoras. De aquel hermoso rincón de Europa, apacible nido en donde parecen haberse refugiado todas las virtudes tan maltratadas en la casi totalidad de los países del viejo continente, ha sacado nuestro joven y ya ilustre paisano asuntos á granel para cuadros y dibujos admirables por la verdad que en ellos se refleja y por la poesía que respiran. Marqués ha sabido identificarse con aquella naturaleza siempre hermosa, constantemente nueva, muchas veces grande y no pocas sublime; dígalo sino el «Recuerdo de Interlaken» que para el que ha visto las doradas mieses de los alrededores de esta escondida aldea, los pizarrosos techos de sus casas, las elegantes siluetas de las colinas que á su frente se alzan y las nevadas cumbres de la Jungfrau que por entre éstas asoma, más que recuerdo es reproducción fotográfica. Decimos mal; la fotografía reproduce, Marqués reproduce y anima; el cliché es la exactitud matemática, el dibujo de Marqués es la verdad estética; el aparato copia lo que ve y Marqués siente lo que copia, y tan bien lo siente que el asunto de nuestro grabado dibujado por él cautiva y por él narrado encanta, pues Marqués hablando de Suiza maneja la palabra con la misma poética habilidad que el lápiz cuando la dibuja ó los pinceles cuando la pinta.

LA MUERTE DE GALILEO, cuadro de Barabino

Con decir que el asunto de este cuadro ofrece al artista tema para una composición grandiosa y que el autor ha sabido tratarlo magistralmente así en el conjunto como en los detalles, queda, á nuestro modo de ver, hecho el mejor elogio de la pintura de Barabino.

Aquel genio colosal del siglo décimoséptimo á quien el movimiento de una lámpara en la catedral de Pisa reveló las leyes del isocronismo del péndulo cuando apenas contaba diez y nueve años de edad; aquel físico insigne que á los veinticinco años desempeñaba una importante cátedra y descubría el principio de que la gravedad ó tendencia á descender es la misma en todos los cuerpos; aquel eximio astrónomo ardiente defensor del sistema de Copérnico que construyó el primer telescopio al través del cual escudriñó los secretos de la bóveda celeste y pudo ver por vez primera las montañas de la luna, las miríadas de estrellas que forman las nebulosas y la Vía Láctea, los satélites de Júpiter, el anillo de Saturno, las fases de Venus, las manchas del sol y tantos otros hasta entonces ignorados misterios del mundo sideral; aquel ilustre sabio cuyas magistrales obras fueron condenadas por la congregación del Indice y cuyas teorías astronómicas fueron declaradas filosóficamente absurdas y teológicamente heréticas por el Santo Oficio, yace en el lecho de muerte rodeado de sus discípulos predilectos ávidos de recibir hasta el último momento las enseñanzas de su preclaro maestro.

Los sufrimientos físicos y morales han podido abatir su cuerpo pero han comunicado á su inteligencia nuevas fuerzas cual si el espíritu viera juntar á su vigor propio el perdido vigor de la extenuada materia: Galileo, próximo á morir, siente que acuden á su privilegiada mente nuevos problemas cuya solución no quiere llevarse á la tumba y con febril energía y haciendo compás de sus demacrados dedos traza líneas, dicta fórmulas, sienta axiomas y enuncia principios científicos que sus discípulos se apresuran á recoger en aquellos instantes supremos, olvidándose del hombre que muere para no ver en él más que al maestro que enseña.

¡Descansa en paz, víctima inocente del obscurantismo fanático! La posteridad te ha devuelto la gloria que tus necios contemporáneos pretendieron arrebatarte y al pronunciar con admiración y respeto tu nombre se ríe á mandíbulas batientes de los ignorantes jueces que quisieron amordazar tu boca y ahogar tu pensamiento y exclama fijando su vista en este mísero suelo y elevando su espíritu á las regiones del infinito *¡E pur si muove!*

¿QUÉ HABRÁ SIDO DE ÉL? cuadro de F. Holl

adquirido por S. M. la Reina de Inglaterra

La mañana se presentaba serena, el mar estaba en la más completa calma y la pesca prometía ser abundante: el pescador acariciando en su mente las más risueñas esperanzas se había despedido de los suyos con un cariñoso «¡hasta la tarde!» Y la tarde vino y el cielo se cubrió de negras nubes y las aguas que pocas horas antes lamían mansamente la arenosa playa convirtiéronse en encrespadas olas que barrían impetuosamente la costa y cuyos ensordecedores bramidos ahogaban, quizás, los lamentos y las voces de auxilio de los que en lucha con los elementos pugnaban por ganar tierra. Y llegó la noche y el pescador no volvía sembrando su ausencia la desolación en la pobre cabaña: en vano la amante esposa recorrió la playa llamando á voces al ser querido; el mar dominaba con su atronador estrépito los débiles gritos que el terror arrancara del pecho de la infeliz y sepultaba en sus amargas aguas las lágrimas aun más amargas que la desesperación hacía acudir en abundancia á los ojos de la desdichada. Rendida más por el dolor que por la fatiga, vuelve á la choza en donde la esperan presas de ansiedad terrible la madre anciana que llora ya perdido al hijo de sus entrañas y dos tiernas criaturas que harto comprenden la inmensa desgracia que las amenaza.

¿Qué habrá sido de él? Hé aquí lo que todos mentalmente se preguntan sin atreverse á interrogarse con palabras que el mismo temor no deja asomar á sus labios.

¡Escena conmovedora! ¡Situación terrible!

Francisco Holl la ha sentido perfectamente. ¡Lástima que no haya sabido presentarla con aquella corrección de dibujo de que ha dado muestra en otros cuadros y que tantos y tan justos lauros le ha conquistado en el Reino Unido!

DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS en el Asilo de niños de Valencia. – Cuadro de José Benlliure y Gil

Benlliure, á fuer de buen valenciano, ha querido con este cuadro rendir un tributo de admiración y de gratitud en nombre de su patria al ilustre aristócrata á quien tanto debe la ciudad del Turia. Harto conocidos son los rasgos de desprendimiento del Exmo. Sr. Marqués de Campo para que nos detengamos en reseñarlos; apreciados y estimados de sobra son en toda España los beneficios que á la sociedad reportan las muchas y muy útiles instituciones por él creadas en su ciudad nativa para que nos ocupemos en enumerarlos y describirlos. No somos nosotros quienes hemos de hacer la apología del primer genio mercantil español de nuestros tiempos y del noble filántropo que sabe hacer partícipes de su inmensa fortuna á los infelices desheredados; pues sobre no ser esta nuestra misión, cuanto dijéramos en este sentido resultaría pálido al lado del precioso lienzo de Benlliure que es, sin duda, la mejor apoteosis con que soñar pudiera el fundador del Asilo de niños de Valencia.

La escena es tan hermosa que Benlliure no ha tenido que vencer las muchas dificultades anejas á los cuadros que más que tales son colección de retratos de personajes artísticamente dispuestos y con elegante naturalidad combinados; en el que reproducimos estas dificultades las ha vencido el asunto mismo, bello como todo lo que expresa la caridad, poético como todo lo que tiene por protagonista á la inocente niñez. La linda figurita de la *oradora* que con balbuciente labio pronuncia el discurso aprendido á fuerza de paciencia y de memoria acompañándolo de una mímica encantadora por lo sencilla, el grave continente de las hermanas profesoras, la noble y reposada actitud de los caritativos marqueses, la bondadosa expresión del venerable prelado, la naturalidad de las figuras que sólo relativamente podemos llamar secundarias y sobre todo ese conjunto de infantiles rostros que reflejan admiración unos, contento otros, timidez los menos, curiosidad los más é inocencia todos, son elementos tan valiosos cada uno de por sí que necesariamente la reunión de todos ellos había de dar por resultado el bellísimo lienzo que ha sido con justicia la admiración de cuantos visitaron la última Exposición Internacional de pinturas celebrada en Alemania.

ARTISTAS DRAMÁTICAS ALEMANAS

Byron hablando de Grillparzer decía: «Su nombre suena mal pero el mundo tendrá que aprender á pronunciarlo.» Y sin embargo de esta profecía, en un principio las tragedias de este poeta apenas se representaron ó si se representaron obtuvieron poco lisonjero éxito: ha sido preciso para que al fin se le rindiera el homenaje debido que transcurrieran años, que el público se sometiera á la influencia de las nuevas tendencias dramáticas de los autores franceses que como Sardou y Dumas han dedicado á la mujer el principal papel de sus obras y sobre todo que surgieran artistas de gran talla que supieran comprender é interpretar sus grandiosas producciones.

Grillparzer no tiene rival entre los poetas alemanes en lo que toca al conocimiento del corazón de la mujer; como ningún otro descubre los sentimientos escondidos en sus más recónditos pliegues, los analiza y descompone más con el escalpelo del anatómico que con la pluma del poeta y convencido al fin de que la mujer no es un ángel como pretenden algunos ilusos idealistas ni un demonio como suponen ciertos desengañados escépticos sino pura y simplemente un ser humano con las virtudes y vicios, fortalezas y debilidades de tal y sólo diferente del hombre en que obra por temperamento y no por cálculo, la reproduce en la escena con todos los encantos del naturalismo y sin las exageraciones del realismo absoluto y desgarrado. En una palabra hace sus obras para las mujeres, no crea mujeres para sus obras.

Su Safo la desdeñada amante de Faón; su Medea la terrible esposa de Jasón el desleal; su Melusina el hada de las fuentes enamorada del conde Raimundo; su Hero la virgen sacerdotisa del Afrodita apasionada por Leandro; su Edrita la hija del pagano Kattwaldo que ayuda la fuga del prisionero cristiano Atalus con quien se casa después de abrazar su religión; su Esther la hermosa judía por quien el rey Alfonso arrostró terribles anatemas y tantas otras figuras como Grillparzer ha llevado á la escena son mujeres cuyos sentimientos acusan al lado de las pasiones propias de la tragedia heroica ó del alto drama, rasgos más humanos que los que atribuyeron á sus heroínas los antiguos clásicos.

Gracias á esto puede Grillparzer ser calificado de el más original de los poetas alemanes modernos y las principales artistas del teatro alemán disputanse hoy la honra de representar sus admirables obras.

En nuestros grabados reproducimos los retratos de algunas de ellas como están en sus papeles predilectos: los nombres de la Ziegler, de la Sorma, de la Wolter y de la Meyer son pronunciados con entusiasmo por el público vienés que no se cansa de aplaudirlas en «Medea», «La judía de Toledo», «Safo» y «Hero».

LA RENDICION DE BAILEN, cuadro de Casado

Dibujo á la pluma de P. Eriz

¡Gloriosa jornada para los fastos de la independencia española la de 19 de junio de 1808! Tras largos y empeñados combates parciales, después de la encarnizada batalla de Bailén en que el amor á la patria y á la libertad de unas tropas organizadas con los más heterogéneos elementos pudo más que los formidables y disciplinados ejércitos del vencedor de Austerlitz y de Jena, hubo el orgulloso Dupont de solicitar un armisticio y de firmar á los tres días una capitulación que le convertía á él y á todas sus huestes en prisioneros de guerra del insigne Castaños, general en jefe de las fuerzas españolas de Andalucía.

A la vista del cuadro de Casado acude, sin querer, á nuestra mente el admirable lienzo de Barrau «La rendición de Gerona.» Análogas son en uno y otro las situaciones y sin embargo ¡cuán diferente efecto producen en el ánimo! Los vencidos de Bailén llevan retratada en su semblante la vergüenza de la derrota sufrida por una causa injusta; los vencidos de Gerona salen de la inmortal ciudad con los rostros animados por el sentimiento de la gloria, orgullosos de haber defendido más de lo humanamente posible aquel pedazo de patria en que la Providencia les hizo nacer ó á que la suerte les condujo y que la nación española confió á sus esforzados pechos.

Los años habrán podido hacernos olvidar los agravios sufridos, pero por siglos que transcurran será imposible borrar de la memoria de los españoles el recuerdo de sus legítimas glorias ni apagar en sus corazones el entusiasmo que siempre despertarán en ellos los nombres de Bailén, Zaragoza y Gerona y la narración de las sangrientas escenas del inolvidable 2 de Mayo.

Casado al reproducir un episodio de nuestra grandiosa epopeya ha sentido aquel recuerdo y este entusiasmo; no de otro modo podría explicarse el sentimiento que respira todo el cuadro y al lado del cual casi palidecen las innumerables bellezas de ejecución que atesora y que tan bien ha sabido Eriz conservar en su precioso dibujo.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LLEGADA DE LA ABUELITA, cuadro de J. F. Engel

Bien dice el refrán que «quien no sabe de abuelo no sabe de bueno.» ¿De qué nacerá este cariño especial, distinto de todos los demás, que profesan los abuelos á sus nietos? ¿Será que los quieren doblemente por lo que ellos son en sí y por ser, además, hijos de sus hijos? ¿Será que el amor de abuelo nace por la naturaleza misma de las cosas á una edad en que la proximidad de la muerte hace más agradable todo cuanto representa la frescura y lozanía de la vida? ¿Será que la existencia que acaba goza más que otra al verse reproducida en la existencia que empieza? No es fácil averiguarlo; pero ello es que el hecho es cierto y que quien dijo «criado por abuelo, nunca bueno,» enunció una gran verdad, sencilla en apariencia y en el fondo sublime, y demostró conocer el flaco de esos seres indulgentes cuya medicación evita en más de una ocasión castigos decretados por el padre.

Yo no sé si Engel es abuelo, y á la verdad valdría más para bien del arte que en vez de serlo lo tuviera, pues ello equivaldría á decir que le quedan muchos años de vida para pintar cuadros tan buenos como el que reproducimos; pero es lo cierto que bien merece serlo el que tan perfectamente ha sabido trazar la hermosa figura de esa bondadosa anciana cuyos ojos parecen hechos *ex profeso* para mirar con dulzura y cuyos labios han tomado una forma *sui generis* á fuerza de sonreir y de besar. Y ¿qué diremos de las simpáticas criaturas que desafiando las fatigas de la excursión han salido á recibir á la abuelita buen trecho fuera de la aldea? Pues... que nos los comeríamos á besos salvo el respeto debido á la ya crecida y formal guardadora de sus pequeños hermanos. ¿Cómo no, si desde el que con improvisado violín festeja á la recién llegada al que ofrece á ésta rústico ramo de silvestres flores hecho con menos arte que buena voluntad, desde la que amantísima se pega, por decirlo así, á las faldas de la abuela á la que se agarra, á falta de cosa mejor, á los cordones de modesta bolsa y desde el travieso muchacho que por correr tras la pelota se desentiende de caricias y saludos á la tierna criaturita que encerrada en tosco vehículo tiende su diminuta mano esperando que le llegue el turno para recibir el acostumbrado beso de mamá abuelita, todos sin excepción, con sus cabecitas hermosas y sus sonrosadas mejillas están diciendo besadme?

Francamente, al contemplar el cuadro de Engel, ganas le dan á uno de acelerar la ya de sí rápida marcha del tiempo para ser protagonista de tan tiernas escenas y verse rodeado de ese coro de ángeles capaz de hacer saborear anticipadamente en la tierra una migaja de las delicias del cielo.

LAS ISLAS SAMOA Y LA COLONIZACIÓN GERMANICA

Habréis oído hablar muchas veces de la política, llamada colonial, que sigue Alemania en Asia, y en África, y en Oceanía. Esa política de relumbrón, verdaderamente incompatible con lo que pide á Germania y al Canciller germánico su ministerio en Europa, hase por todo extremo exacerbado, tras la exaltación al trono de joven príncipe, tan inexperto y fantaseador, como Guillermo II. No escarmentado éste con las enseñanzas adquiridas por sus predecesores, cuando la célebre cuestión del Archipiélago carolino, excita y sobrexcita los ánimos en busca de hallazgos coloniales, los que, aun debidos á la fortuna y aun presentados como dones y ofrendas, cederían en detrimento de su pueblo y tierra, llevándole complicaciones de bien difícil salida. Varios comerciantes de Hamburgo, dados á mercadear con los aceites y resinas que producen aquellas maravillosas plantas, entre otras, los cocoteros, pintaron á Bismarck su adquisición y su cultivo cual vena de lucros enormes y germen de futuras grandezas. El Canciller protegió indirectamente las empresas de sus mercaderes, con el fin de tentar el vado, pero huyó de un amparo directo, que pudiera extraviarlo en dificultades laberínticas, donde con dificultad se hallan Ariadnas dispuestas á daros dirección y guía con su hilo. En poco tiempo se halló Bismarck, por obra de sus temeridades, tan comprometido en el Africa occidental, que llamó la Conferencia del Congo, y tan comprometido en los archipiélagos carolinos, que acudió al arbitraje del Papa. Estas dos aventuras, en las cuales el Canciller salió, como decimos vulgarmente, con las manos en la cabeza, debieron haberle retraído con tiempo de todo colonial intento. Mas, con el Sultán de Zanzíbar primero y luego con las islas de Samoa, tal complicación armó, que hoy no sabe de dónde ahorcarse. Llegara tal asunto á las calendas griegas dándole treguas precursoras de un desistimiento, á no haber muerto el férreo Emperador, sobre cuyo ánimo ejercía omnímoda influencia, parecidísima de suyo á eminente y supremo dominio. Mas, con haber visto criarse al nuevo Emperador Guillermo, y hasta pudiéramos decir, con haberlo visto nacer, no se ha granjeado en su corazón la valía conseguida en el más agradecido y sensible de su poderoso antecesor. El joven Guillermo II sueña con dos utopias igualmente ruinosas; con la utopia de una marina extraordinaria y con la utopia de un engrandecimiento colonial excesivo. Mal hijo, muy mal hijo, parece un buen hermano, muy bueno. Así al único varón que cuenta entre los hijos de su padre y madre, al conocido Enrique, le presenta, en tentadora perspectiva, una

colosal posición, erigida sobre los hombros de los marinos en Almirantazgo digno de medirse con aquel excelso, desempeñado en la Gran Bretaña por su tío carnal, el Duque de Edimburgo. Con estas, y otras fantasías, la cuestión colonial va enredándose cada día más, y metiéndose Bismarck hasta el cuezo por seniles desgracias irremediables á su edad, en pantano devorador, de cuyo seno saldrá, si á salir llega, muy magullado y maltrecho.

Todo el mundo sabe la oposición, con que ha recibido el Sultán de Zanzíbar á los colonos germánicos. Paciente con Australia, su vecina; pacientísimo con la Gran Bretaña, que se arroga tutela directa ó indirecta sobre mares y costas; el Sultán de Zanzíbar no ha podido sufrir jamás á los colonizadores germanos. Incapacitada tal familia, la familia germánica, de amoldarse á los climas y territorios africanos; mal avenida con aquel ardoroso medio ambiente; no arraiga en arenales donde han podido arraigar Inglaterra, Portugal, España, todos los pueblos de verdadero estro colonial. Donde quiera un alemán pone su planta, brota sin remedio la guerra civil crudísima y espantosa. Atribúyenlo estas gentes imperiosísimas, tan de sí pagadas, al mercadeo de siervos y á los mercaderes ó cazadores de carne humana. Pero informes, verdaderamente auténticos, dicen que no hay tal, que se deben los conflictos á la brutalidad germánica. Y los apuros hanse recrudecido, hasta frisar con extremidades verdaderamente angustiosas. Cuando parecía más alejarse de Inglaterra Germania y más recrudecerse la feroz enemiga entre sus dos cortes, agravada por el incidente Morier, ha tenido Bismarck que bajar su frente y su espina dorsal á la Gran Bretaña, en demanda y requerimiento de auxilio para sus coloniales empresas. Pues no ha sido nada esto en comparación de todo cuanto acaba de pasarle ahora mismo por la Polinesia tropical y grupo de madréporas conocido con el nombre muy célebre de islas de Samoa. Este incidente bien merece algún estudio nuestro, por interesante á todos los pueblos, y con especialidad á los pueblos americanos, quienes, bien á la corta, bien á la larga, tarde ó temprano, abrirán ó el paso de Panamá ó el paso de Nicaragua entre los dos mares, y necesitan saber con qué potencias podrán tropezar en sus viajes al Asia.

RECUERDO DE INTERLAKEN, dibujo de J. M. Marqués

Son las islas de Samoa catorce, poco más ó menos, en su número; de formación volcánica todas ellas; muy altas y montañosas; con escarpadísimas riberas; con montes y breñas; con bosques muy espesos; con pendientes las cuales componen terrazas y graderías llenas de jardines floridos, en cuyas tierras arraigan árboles copudísimos, y por cuyas laderas corren cristalinos torrentes que semejan á verdaderos despeñados ríos. La humedad y el calor generan allí tal exceso de vida, que, por do quier, crecen los árboles del pan, los árboles del coco, y tantos y tantos múltiples, copudos todos á una de ramajes, y todos cargados con sabrosísimas y deliciosas frutas. El cultivo tropical puede allí emprenderse y rendir copiosísimas cosechas. El cacao, el azúcar, el chirimoyo, la vainilla, el clavo, tantas y tantas especias como halagan los paladares y olfatos europeos, danse allí con la mayor facilidad. Pero las dificultades con que Bismarck en sus senos á la continua tropieza, no provienen del clima, no, provienen de su organización administrativa. Las islas de Samoa pertenecen á varios tutores, que aducen títulos idénticos. Reivindícalas Alemania; pero también las reivindica de cierto modo y hasta cierto punto la Australia inglesa; como de cierto modo, y hasta cierto punto, los Estados Unidos del Norte de América. En 1830 un misionero protestante, Williams, desembarcó en sus orillas; y tales trazas hubo de darse y tanta influencia hubo de alcanzar, que aquejados y padecidos los indígenas por una guerra interior perpetua, logró calmarlos y someterlos, de igual guisa que nuestros Pontífices y Obispos, allá en otro tiempo, reconciliaron entre sí, después de someterlas, á las tribus del Norte. Nacional de Inglaterra el anglicano apóstol, fundó tantas capillas, escuelas, consistorios, que por modo mágico y sobrenatural trocáronse aquellos habitantes incultos y salvajes en cultísimos y cristianos, hasta preferir á las balas y á la pólvora, con que unos á otros se perseguían y exterminaban sin piedad en perdurables cruentísimas luchas, los fecundos instrumentos del trabajo y los redentores asomos del derecho. A consecuencia de toda esta cultura pactaron aquellas tribus convenios diversos con las dos poderosas potencias anglo-sajonas, con Inglaterra y con los Estados Unidos de América. Para comprender todo lo dificultoso de su organización administrativa basta decir que, nombrado un ayuntamiento especialísimo y original, á su cabeza se pusieron dos cónsules, de tan diversa índole y de tan opuestos intereses, como los cónsules de las islas Británicas y de los Estados Unidos. Unese á esta institución municipal otra parlamentaria, en la que también se dividen el sumo Imperio, estos dos reyes, pareados á los reyes de Lacedemonia con una sola diferencia, la de mandar sobre pueblos á ellos extraños. Y con los dos factores unióse bien pronto el factor alemán, representado por una casa de Hamburgo, que trabajaba en aquel territorio, bajo la razón social de Godeffroy con su compañía. Como veis, Inglaterra, y especialmente las colonias de Australia; los Estados Unidos, muy celosos de todo cuanto en el Pacífico sucede, habían por fuerza de tener alguna competencia con la grande y ambiciosa Germania. Mas, esta competencia, dormida unas veces, y despierta otras veces, acaba de recrudecerse ahora, con ocasión de lo sucedido en Zanzíbar, exacerbándose hasta un extremo tal, que acaba el Parlamento americano de votar una partida en su presupuesto para contener las ambiciones germánicas y hacerlas entrar en línea. Por manera que vemos á Bismarck hoy amenazadísimo de tener un litigio con América, por las islas de Samoa, parecido al que tuvo Napoleón III con motivo del infame imperio mejicano. ¿Saldrá el Canciller tan desmedrado y herido como quedaron Bonaparte y su autoridad en las resultas de sus imprevisiones y de sus temeridades? Hay que desengañarse: Alemania no será nunca una potencia colonial.

No está la civilización cristiana en el mundo tan segura de sí misma, que podamos dificultar el ministerio de aquellos destinados á sustentarla y extenderla sobre la faz de nuestro planeta. La cultura humana está completamente anegada en olas de barbarie y no hay para qué contrastar á las naciones encargadas por su grandeza moral y material de impedir las grandes irrupciones todavía posibles; de mantener la libre comunicación por los Estrechos siempre necesaria; de guardar la policía intercontinental en las cinco partes del mundo. Cuando uno se acuerda hoy de que los bárbaros mogoles rompieron el imperio griego en el siglo XV, aterraron á Italia en la florescencia del Renacimiento, y sin el esfuerzo de los españoles en Viena y en Lepanto hubieran poseído al mismo tiempo el mar de nuestra civilización y el centro de nuestra Europa; no se cansa de admirar á los pueblos que mantienen libres las comunicaciones planetarias y dejan por una sabia colonización encendidas las estrellas alimentadas por el espíritu moderno entre los negrores de la barbarie.

Pero adulan á Germania y á su poder los que la cuentan entre tales naciones. Alemania mientras se halle organizada imperial y militarmente, no tendrá colonias, como por su parte no las tuvieron en los tiempos remotos aquellos inmóviles imperios babilónicos, semejantes al alemán, los cuales ostentaban el despotismo en las alturas y en las bases la casta incompatible con la extensión colonial que pide iniciativas individuales múltiples y un gran sentimiento de igualdad en los cooperadores á tanta obra. Son pueblos coloniales en el mundo, los fenicios, es decir, los más libres entre todos los asiáticos; los helenos, es decir, los republicanos por excelencia de las antiguas edades; el Estado cartaginés, República del Africa; la Roma municipal y republicana; las ciudades libres de la Italia moderna, sus artísticas y sabias democracias; los héroes educados á fines del siglo XV y á principios del siglo XVI en las grandes agitaciones de los municipios españoles y lusitanos; aquellos héroes coetáneos de los concelleres en Barcelona, de los hermandiños en Galicia, de los comuneros en Castilla, de los germanos en Valencia y Mallorca, de los Lanuzas en Aragón, de tantos hombres libres como pulularon desde los tiempos en que acabó el feudalismo para nuestro bien, hasta los tiempos



LA MUERTE DE GALILEO, cuadro de Nicolás Barabino

[illegible]



LLEGADA DE LA ABUELITA, cuadro de J. F. Engel



¿QUÉ HABRÁ SIDO DE ÉL? cuadro de Francisco Holl, adquirido por S. M. la Reina de Inglaterra

en que para nuestro mal se fundó bajo aquella noche fría que se llamaba el alma de Felipe II, la torva y siniestra monarquía absoluta.

Alejandro en Asia, César en las Galias, Carlos V en Africa y América, Napoleón en Egipto, que tanto deslumbran ahora en Varzin á Bismarck, realizaron sus hazañas, aquellos dos con los últimos hombres de las democracias helénica y romana, estos dos con los ciudadanos de los municipios españoles y con los ejércitos de la República francesa. Los sucesores de Alejandro, los sucesores de Carlos V y los sucesores de Napoleón sólo han recogido la decadencia y la ignominia. Para todo se necesita la libertad, y más que para todo para el régimen colonial. Hasta en los tiempos modernos, las cuatro grandes obras coloniales, esas cuatro maravillas, la obra colonial de Holanda en los Archipiélagos asiáticos, la obra colonial de América en Australia, la obra colonial de Francia en el Oriente extremo y en Africa, la obra colonial de Inglaterra en todo el planeta, débense á cuatro pueblos esencialmente libres: que los esfuerzos del trabajo, esfuerzos creadores, necesitan de la libertad, sin la cual no hay humanas creaciones. Ese inmenso Imperio fundado en la conquista, defendido por sus ceñidas é inertes fortalezas, poblado de cuarteles en vez de fábricas, por siervos y por soldados compuesto en vez de trabajadores y ciudadanos; donde antes relumbraban las ideas y ahora sólo relumbran las bayonetas, abrumará tarde ó temprano con su ciclópea pesadumbre la conciencia y la tierra germánicas incapaces de conjurar leyes providenciales y divinas que sólo permiten la grandeza moral, única durable, á la santa y creadora libertad.

Pero aparte de faltarle condiciones políticas y sociales á Germania para la colonización, le faltan condiciones geográficas. Los pueblos colonizadores han de pertenecer por necesidad á naciones marítimas; y las naciones marítimas para merecer este nombre han de contar muchas costas, como Fenicia, como Grecia, como Italia, como España, como Portugal, como Inglaterra y Holanda. No tiene costas Alemania; las tiene muy escasas. Por ende no poseerá nunca los factores indispensables á una colonización; los marinos educados en el comercio continuo con los vientos y con las olas. El alemán está sitiado, al Oriente por dinamarqueses y escandínavos, al Occidente por bátavos, unos y otros, más que sus rivales, sus implacables enemigos. Para que limitaciones varias los cierren por todas partes, posee Inglaterra una isla genuinamente alemana en los mares del Norte.

Así apenas tiene aire que respirar, allí donde únicamente respiran bien los pueblos coloniales, en el mar. Y no le queda ni asomo de verdadero engrandecimiento; porque ni Dinamarca, ni Suecia, ni Noruega se dejarían jamás absorber por el Imperio: ni los bátavos se adherirían jamás á él, prefiriendo cortar sus diques y desaparecer en los mares, á consentir una dominación extranjera. Y no se forje Alemania ilusiones respecto de Trieste. La gran ciudad greco-itala, donde si algún elemento predomina es el elemento dálmata, semi-eslavo, y de ningún modo el germánico, está bien hallada con el Austria, porque le deja el Austria, en su natural federalismo, cierto carácter de población independiente y anseática; pero sometida por fuerza ó traspasada por lucro al poder alemán cual sucedió en otro tiempo con Venecia, forcejearía como forcejeó hasta incorporarse definitivamente á su hermosa y grande patria, la Italia. El pueblo alemán ha tomado en la historia siempre los caracteres de los pueblos invasores; y nunca el carácter de pueblo colonizador. Cuando el hambre pisa sus talones y le constriñe á dejar un suelo húmedo y árido, traspasa sus dos grandes ríos, el Danubio y el Rhin, ó la cordillera de los Alpes, como cimbrios, teutones, godos, vándalos, alanos, y demás gente suya, para depredar los pueblos vecinos, asolarlos con la matanza, consumirlos en el incendio y asentarse luego sobre sus humeantes ruinas.

Los pueblos de la Germania continental no se han asemejado nunca jamás á las dos razas por excelencia navegantes y colonizadoras del Norte; no se han asemejado jamás á las dos familias ilustres que se llaman pueblos sajones y pueblos escandínavos. Los conquistadores germanos desde Alarico hasta Barbarroja y desde Barbarroja hasta Guillermo siempre fueron, siempre, conquista-

DISTRIBUCION DE PREMIOS EN EL ASILO DE NIÑOS DE VALENCIA, cuadro de José Benlliure y Gil

dores. No recuerdo más expedición marítima imputable á la tradicional Alemania que la expedición del vándalo Genserico. Los venetos y los bizantinos guarecidos en el Mediterráneo, los unos tras sus lagunas, los otros entre sus archipiélagos y sus Bósforos, preserváronse por completo de la irrupción germánica. Yo pregunto qué isla del planeta se ha descubierto por esa raza continental. Yo pregunto qué grande marino registran los alemanes en sus historias tan resplandecientes por las constelaciones brillantísimas de otros nombres gloriosos. Las Cruzadas, expansión externa por ellos celebradísima, pertenécenles en bien poca parte; porque no se hubieran jamás realizado sin los contingentes de Francia y de Inglaterra, sin las naves de Provenza, y de Pisa y de Génova y de Venecia; sin aquel gran belga que se llamaba Godofredo de Bouillón y sin aquel inmortal siciliano que se llamaba Federico II; sin aquel Imperio heleno de Constantinopla; sin aquellos jefes de la Cristiandad establecidos en la Roma pontificia; y sin aquellos predicadores cosmopolitas, Pedro el Ermitaño y San Bernardo. Para obtener Alemania un Imperio colonial tiene que contrariar á la Naturaleza y que desmentir á la historia.

EMILIO CASTELAR

LA BONDAD DE D. JACINTO

– Felizmente supe corregirme á tiempo.

– Corregirse V., ¿de qué? Si jamás tuvo V. vicio alguno y fué siempre el prototipo de la bondad!

– Pues de eso precisamente, del vicio de la bondad!

– ¿Está V. en su juicio? Llamar vicio á la bondad.

– ¡Que si lo estoy! ¡ya lo creo! En mi juicio cabal desde que por mi suerte y la de los míos, supe en qué consiste el ser bueno, y hoy que lo sé y practico la verdadera bondad, he perdido la fama que de bondadoso tenía.

– Confieso, D. Esteban, que no entiendo á V.

– Pues es cosa fácil entenderme. Yo antes no era bueno, era...

– Un ángel de Dios.

– No blasfemes; ¿cómo los ángeles de Dios, que es la suprema bondad y la sabiduría infinita, han de ser débiles y consentir el mal por egoísmo, por egoísmo, sí, que esa era, aunque disfrazada, la causa de mi bondad antigua?

– ¡Usted egoísta, V. que daba cuanto tenía á cualquiera que se lo pidiese!

– Por debilidad y por egoísmo; para no tomarme el trabajo de negarlo. Cuando uno tiene aquello que se le pide, es más fácil dar que negar.

– ¡Qué hermoso sería el mundo, si fuera verdad eso que V. dice!

– Te equivocas y voy á probártelo. Si los que te educaron no te hubieran negado, violentándose en muchas ocasiones, lo que pedías, ¿qué serías hoy? Tú pedías la ignorancia, para holgar; ellos te dieron la ciencia y á trabajar te enseñaron y de tu trabajo vives. Cuando niño, deseabas saciarte hasta la indigestión, por gula, y te dieron la templanza, y á la templanza debes la salud. Por...

– No siga V., D. Esteban; todo eso lo sé, son ideas muy generales. Lo que no entiendo es cómo pasó V. cuarenta años de su vida observando una conducta que le valió el dictado de bondadoso, y al cabo de ese tiempo modificó V. tan por completo su manera de ser, que según V. mismo dice, perdió la fama adquirida. ¿Cuándo era V. bueno, entonces ó ahora?

– Ahora, ahora.

– ¿Y cómo se ha convencido V. de ello, y cuándo y por qué vino V. á averiguar que el afamado bondadoso era un réprobo?

– Te diré, en primer lugar, que yo jamás estuve convencido de mi bondad. Era como era, porque sí, y si esta razón no te convence, siento no poder darte otra. Circunstancias y accidentes desgraciados de mi vida, hiciéronme dudar acerca de si mi conducta para con los demás les era beneficiosa. Referí mi historia y expuse mis dudas á aquel pobre maestro de escuela que en mi pueblo vivía y á quien creo que llegaste á conocer. D. Juan, que así se llamó el bueno del maestro, me dijo: «Por aquellos años en que con caricias unas veces y con reprimendas otras, te enseñé á silabear, conocí que tu mayor defecto era lo que ciertas gentes llaman bondad; quise corregirte, pero eras muy niño aún, y no lo logré. Después tus padres te enviaron á estudiar á Valencia y terminó mi influencia sobre tí. Ya es muy difícil que te corrijas, ya eres un poco machucho, tus huesos están algo duros; pero el castigo que has sufrido y un cuento que voy á referirte, quizás logren tu cura. Cuando pierdas la fama que tienes de bueno, serás bueno.» Quedé asombrado al oir lo que D. Juan me decía, mas luego el asombro se trocó en convencimiento. Mi bondad había sido la bondad de D. Jacinto.

– ¿Y quién fué D. Jacinto?

– El héroe del cuento que D. Juan me refirió.

– Aun cuando no soy yo de los que necesitan que se les corrija del vicio de la bondad, le aseguro á V. que diera cualquier cosa por conocer ese cuento que obró tan maravillosa cura.

– Satisfaré con gusto tu deseo, pero con una condición, y es que has de contarlo á cuantos conozcas que sean buenos de la especie que yo fuí.

– Fácil es la condición. Casi estoy por asegurar que no se me presentarán dos ocasiones de cumplir lo que firmemente prometo.

– Oye el cuento y quizás cuando lo hayas oído, modifiques tu opinión y hasta te le apliques á tí mismo que por tan malo te tienes.

– Sin pestañear siquiera voy á escuchar á V., D. Esteban.

– También sin pestañear escuché yo al bueno de don Juan, quien comenzó así:

«Don Jacinto, á quien todos dieron el sobrenombre de bueno, y que es el héroe del cuento que á referirte voy, nació, no sé en dónde, pero el caso es que nació, y como todo lo que nace muere, murió D. Jacinto; hará de esto, días, semanas, meses ó años. Parientes, deudos, amigos, los habitantes todos del pueblo en que vivió y murió D. Jacinto lloraron su muerte á lágrima viva, como suele decirse.

Don Jacinto había sido el elegido entre los elegidos, el mejor entre los mejores y al mismo tiempo el desgraciado entre los desgraciados.

Su bondad no había recibido premio en la tierra; todos habían sido ingratos con él. El bueno de D. Jacinto había pasado en la tierra el purgatorio, única recompensa que la bondad recibe en el mundo según opinión de las gentes que ni siquiera saben distinguir entre el bien y el mal, ciencia que se aprende difícilmente, según demuestra la historia de nuestros primeros padres.

La bondad reconocida de D. Jacinto y la idea general de que en la tierra había pasado las penas del purgatorio, hicieron que nadie se cuidase de encomendar á Dios el alma de D. Jacinto, pues era cosa que se tenía por segura que de un solo vuelo debía haber llegado á las regiones infinitas del cielo y haber ocupado por derecho propio un asiento en primera fila, á la derecha del Altísimo.

Algunos años pasaron sin que por la rasgada boca del mugriento cepillo de las ánimas, colgado junto á la puerta de la iglesia parroquial del pueblo, pasara ni un roñoso ochavo dado para la salvación del alma de D. Jacinto.

¿Quién había de suponer que aquel santo varón necesitara que los que quedaron en la tierra, cuando él la abandonó, rezaran por él un Padre nuestro y llenaran el vientre del cepillo de las ánimas, no ya de roñosos ochavos sino de limpias y brillantes pesetas para que el alma del buen D. Jacinto dejara de sufrir, no las penas del purgatorio, sino las del infierno que sufriendo estaba? Y sin embargo era cierto: por sus *bondades*, el alma de D. Jacinto estaba rebozándose en hirviente pez en una de las más hermosas calderas del temido Pedro Botero.

Esto se supo del modo siguiente:

Erase que se era, y empleo esta frase porque va de cuento, el día de las ánimas del año mil ochocientos y tantos; es decir, seis años después de aquel en que ocurrió la muerte de D. Jacinto. Media hora después de haberse retirado la gente de la iglesia del pueblo, cumplida la obligación de haber oído tres misas y mascullado algunos Padre nuestros y Ave Marías por las almas que penando estuvieran en el Purgatorio; cuando el párroco, que iba á cerrar la puerta de la sacristía para entregar las llaves al sacristán que junto á la iglesia vivía, sintió como si alguien le agarrara por el extremo de la sotana queriendo detenerle. Volvió la cabeza el señor cura, y nada, ni á nadie vió. Intentó nuevamente meter la llave en la cerradura y sintió entonces un fuerte golpe en el brazo que le impidió hacer lo que intentaba. Quedóse temblando, pues no era el valor la prenda que más le adornaba, y sin aliento para gritar pidiendo socorro ni mucho menos para volverse y averiguar quién le había dado tal golpe. Chocaron entre sí las llaves durante algún rato porque temblaban las manos que las sostenían, y no de frío; mas por fin cesó el repiqueteo de las llaves, porque el temblor cesó, señal de que se calmaba el miedo del cura, ó por lo menos de que si la procesión iba por dentro, fuerzas había para que no se manifestara al exterior. – ¡Qué aprensiones tan ridículas tengo! – dijo para su alzacuello el cura; – ¿pues no se me ha imaginado que me tocaban en el brazo? Como hoy es el día de las ánimas, se me figura que todas ellas andan sueltas por la iglesia, cuando las pobrecitas estarán en el Purgatorio esperando las preces de los fieles para salir de él y subir al cielo para ver y gozar de la presencia de Dios. Mis oraciones no les han de faltar; algunas llevo ya rezadas y algunas más rezaré durante el día, por obligación, y más que por obligación, por devoción. Por lo tanto ¿á quién he de temer? Los hombres no pueden hacerme daño, porque soy pobre y nada pueden quitarme y porque á nadie causé mal ninguno, y las ánimas, las ánimas me necesitan, por todas rezo, por todas pido al Rey de los reyes, al Señor de señores; así que ¡quién dijo miedo! cerremos la puerta y vámonos en paz y en gracia de Dios á buscar el pan nuestro de cada día, dánosle hoy, perdónanos... – Al llegar aquí el benditísimo párroco y cuando intentaba dar por terminada la operación de cerrar la puerta de la sacristía, oyó una voz extraña que murmuraba á su oído: – ¿No habrá un buen cristiano que rece una salve por el alma de D. Jacinto? – Fué á dar un grito el señor cura, pero le faltó la voz. Volvióse hacia todas partes, y nada vió; quiso huir, y sintió que sus pies estaban como clavados en el suelo. Creyóse presa del ángel de las tinieblas y haciendo la señal de la cruz llamó al cielo, se encomendó á la Virgen Madre, á su Unico Hijo, á San Pedro, á San Pablo y á todos los santos de la celestial corte y especialmente á San Antonio de Padua por quien sentía especial devoción, pero inútilmente: ni se desclavaban sus pies del suelo, ni en su ayuda venía ninguno de los santos á quienes con tanto fervor invocaba. Dobláronsele las rodillas y cayó pesadamente á tierra diciendo: – ¡Señor! ¡Señor! ¿qué quieres de este tu pobre siervo? – No es el Señor quien de tí necesita, – volvió á decir la voz que sintió sonar junto á su oído, – es un pobre condenado que necesita tus preces y las de tus feligreses y hasta las de todos los nacidos para que el Dios de toda bondad me perdone las muchas *bondades* que en la tierra *cometí*.

– ¿Quién eres, alma en pena? – preguntó el cura.

– Ya te lo dije, D. Jacinto, á quien llamasteis el bueno.

– Mientes, espíritu maligno; el alma de D. Jacinto debe estar sentada á la diestra de Dios Padre.

– Para probarte lo contrario; Dios me concede la merced de que me presente con la misma material vestidura que en el mundo usé. – Apenas sonaron estas palabras, apareció el mismo D. Jacinto en persona, tal y como le había conocido el señor cura; los mismos ojos chiquitillos y verdosos, la misma nariz desmesuradamente larga y tan amante de besos que inclinábase sobre la boca para recibir en su punta un beso de amor, la misma estatura, el mismo aire; no cabía dudar, aquel era D. Jacinto que por milagro había resucitado como Lázaro.

Milagro ó no, el hecho es que el cura se tranquilizó. ¿Qué podía temer de D. Jacinto que había sido un ángel de bondad y mansedumbre?

Suprimiré detalles sobre los saludos que se hicieron el cura y D. Jacinto y diré solamente lo que éste solicitó de aquél y lo que le refirió:

– Padre, mi buen padre, – dijo el resucitado, – si no rogáis á Dios por mí y hacéis que vuestros feligreses rueguen; si aquellos á quienes hice víctimas de mis *bondades* no me perdonan, inquilino eterno seré del infierno y por los siglos de los siglos me achicharraré.

– Pero, hijo, tú tan bueno...

– No lo fuí, padre. Oiga V. mi historia. Cuando mi alma se separó de mi cuerpo, subió, y subió, y subió; entreabriéndose el firmamento ví al eterno Dios sentado sobre su trono y rodeado de legiones de ángeles, que acompañándose con arpas celestiales entonaban cantos de alabanza al Señor. Fuí colocado al pie de la primera grada del Juez de los jueces y los cánticos cesaron y comenzó mi juicio. – ¿Quién eres? me preguntó el arcángel San Miguel que ejercía de juez instructor.

– Jacinto Bonachín, – contesté.

Abrió el ángel un inmenso librote que sobre su mesa estaba y leyó: Jacinto Bonachín, nacido en España, de una buena familia católica-apostólica-romana, fué cristiano en España, como hubiera sido protestante en Inglaterra, y mahometano en Turquía. Desde muy niño demostró excelentes disposiciones y un corazón amoroso y débil. Profesó tal cariño á una hermanita suya que en todas partes se le citaba como modelo de hermanos. Cierto día su hermanita enfermó, ordenó el médico que se la tuviera á dieta blanca y merced á esta y otras precauciones la enfermedad de la niña cedía. Un día que estaba sola con Jacinto, su hermano, le pidió que le diera algo de comer, con voz tan dulcecita; que enterneció el corazón de Jacinto, haciendo que éste le diera un gran trozo de pan y media libra de salchichón. A las dos horas la niña era cadáver. La bondad de Jacinto la había matado.

Poco tiempo después tuvo el acusado otro hermano á quien idolatró verdaderamente. El niño mostraba felices disposiciones para el estudio, sus padres encargaron á Jacinto que cuidase de su educación, porque ellos eran ya viejos. En manos de Jacinto las felices disposiciones del niño desaparecieron. ¿Quién siendo tan bondadoso como Jacinto podía tener el corazón bastante duro para mortificar con fatigosos estudios la tierna imaginación del niño?

La bondad de Jacinto hizo que su hermano adquiriese hábitos de holganza; la holganza engendró el vicio, y el niño que nació para ser un sabio fué no solamente un ignorante, sino un vicioso. El hermano de Jacinto murió asesinado al salir de una casa de juego. ¿Quién le asesinó? La bondad de Jacinto.

Cumplió el acusado los 25 años y contrajo matrimonio; cuatro hijos tuvo, los cuatro varones. Uno de ellos era muy aficionado al vino: su padre, cuando le veía beber, reíase con un cariño verdaderamente paternal. El pobre niño bebió cierto día una copa de aguardiente alemán y excusado es decir cuál fué su fin.

El hijo segundo gustaba mucho de las golosinas. El día del santo de D. Jacinto recibió como regalo unas libras de bombones, comió unos cuantos, su madre quiso prohibirle que comiera más, pero intervino D. Jacinto diciendo: – Déjale, ¡pobrecito! si le gustan tanto!

El niño convirtió su estómago en bombonera, pero no tuvo en cuenta que la elasticidad de la bombonera tiene su límite y naturalmente la bombonera estalló.

Los otros dos hijos llegaron á la edad de la razón, sin duda porque su gaznate era de bronce y resistía el aguardiente y su estómago elástico, como la conciencia de un banquero. No eran torpes los pobres muchachos, pero llegaron á llamar la atención por su ignorancia perfecta. Cuando niños quiso su madre enseñarles á leer, pero apenas los muchachos derramaban una lagrimita porque les costaba trabajo distinguir la *be* de la *de*, hablaba el bueno de D. Jacinto y dejábase la lección para otro día. Mostraron los niños afición á la baraja y su padre con verdadera bondad les enseñó el tute y los niños se encargaron de aprender el monte. Como es natural también los chicos salieron inclinados á las hijas de Eva y el padre, sino otra cosa, hizo la vista gorda. Uno de los niños





ARTISTAS DRAMÁTICAS ALEMANAS

INÉS SORMA en *La judía de Toledo*

CLARA ZIEGLER, en *Medea*

huyó con una titiritera y se hizo clown, á lo cual mostró gran afición desde su más tierna infancia, viniendo á entrar en la eternidad por efecto de un salto mortal mal dado que le desnucó. El final del otro joven fué más desdichado; á los dos años de la muerte de su padre habiendo derrochado la fortuna que heredó y no sabiendo hacer nada para ganar dinero, se hizo ladrón de caminos y murió á manos de la guardia civil.

– Esto leyó el ángel, – dijo D. Jacinto.

– Y ¿sabes lo que yo digo? – le interrumpió el cura que hasta entonces le había escuchado en silencio.

– ¿Qué? – replicó D. Jacinto.

– Que me digas lo que de mí pretendes.

– Pues ya lo sabéis, padre, que hagáis que vuestros feligreses recen por mí, que os acordéis de mí en vuestras oraciones, que...

– Mira, – dijo el cura, – te prometo hacer lo que pides, pero antes como eres tan bueno, me permitirás que rece y que aconseje á mis feligreses que recen hasta que salgan del infierno todos los ladrones, y los asesinos, y los calumniadores, y los envidiosos y los que incurrieron en los siete pecados mortales, y después veremos si nos queda tiempo para pedir á Dios que perdone á los buenos como tú.

– Pero, padre...

– Yo no soy tu padre, ¡canario!

– No me abandonéis y yo os haré...

– No me hagas nada, ¡caramba! ¿Quieres asesinarme de una indigestión ó hacerme alguna otra bondad por el estilo?

– Señor cura, señor cura, por Dios! – dijo el bondadoso arrodillándose á sus plantas y deteniéndole por el extremo de su sotana, – ¡sálveme! ¡sálveme!

– Suelta, suelta, bueno de los demonios; si eres peor que el cólera morbo asiático. Jesús, Jesús! líbranos de todo mal y sobre todo de bondades como la de don Jacinto.

– Esto me refirió mi maestro, – dijo D. Esteban. – Yo me parecía algo á D. Jacinto. ¿Comprendes ahora porqué me felicito por haber perdido aquella bondad que tal fama me dió?... Como el cura del cuento, repito: Líbreme Dios de todo mal y sobre todo de la bondad de D. Jacinto.

RICARDO REVENGA



CARLOTA WOLTER, en *Safo;* artista dramática

NOTICIAS VARIAS

PRIMEROS EXPERIMENTOS PÚBLICOS SOBRE LA ELECTRICIDAD EN EL SIGLO PASADO

La botella de Leyden popularizada

El descubrimiento de la botella de Leyden excitó el entusiasmo del joven Lemonnier, primer sabio que arrancando á la electricidad del dominio limitado de los laboratorios y de las sociedades científicas hizo con ella experimentos públicos. Para comprobar si la sacudida de aquella botella se comunicaba á grandes distancias, tendió en el vasto cercado que rodeaba el claustro del convento de los Cartujos, en París, dos alambres paralelos, colocados á una braza de distancia uno de otro y cuya longitud total era de 4 kilómetros, y mientras un operador tenía en sus manos dos de los extremos de estos hilos empuñó él los otros dos acercando uno de ellos á una botella de Leyden previamente cargada: el contacto produjo la misma sacudida en los dos experimentadores. No se detuvo aquí el insigne sabio, sino que deseando ver si la corriente eléctrica podría atravesar una gran cantidad de agua, preparó un nuevo experimento en el estanque de las Tullerías: á este efecto tendió un hilo formando una semicircunferencia y cerca de uno de los extremos del mismo hizo flotar una varita de hierro que atravesaba un pedazo de corcho y se introducía, por ende, en el agua. Dispuestas así las cosas, Lemonnier tomó con la mano izquierda el extremo de la cadena y con la derecha una botella de Leyden, mientras que al lado opuesto del estanque su ayudante cogió con la derecha la cadena y metió la izquierda en el agua; cuando Lemonnier vió que aquél estaba en su puesto aproximó á la varita de hierro el armazón exterior é inmediatamente sintieron los dos operadores el mismo choque. ¡La chispa eléctrica había atravesado una capa de agua sin extinguirse!

La Sociedad Real de Londres, teniendo á mengua que los experimentadores franceses se le anticiparan en sus conquistas, se propuso hacer más de lo que en Francia se había conseguido: Watson, que acababa de ganar la medalla Copley, anunció que haría pasar la electricidad al través del Támesis y en efecto lo consiguió varias veces, reproduciendo con ello tan sólo el experimento del ilustre Lemonnier.

Watson, que nació en Londres en 1715 y murió en 1787, fué uno de los físicos que más contribuyeron al establecimiento de la teoría de Franklin y al triunfo de la Doctrina de Jenner. Falleció después de haber sido creado barón y colmado de honores.

Estos experimentos popularizaron en alto grado la botella de Leyden, siendo general la curiosidad por sentir el efecto de la sacudida eléctrica: entonces empezaron á establecerse los electricistas al aire libre que vendían por pocos céntimos aquel poderoso fluido en los modestos barracones de las ferias de San Germán y de San Lorenzo y en el boulevard del Temple.

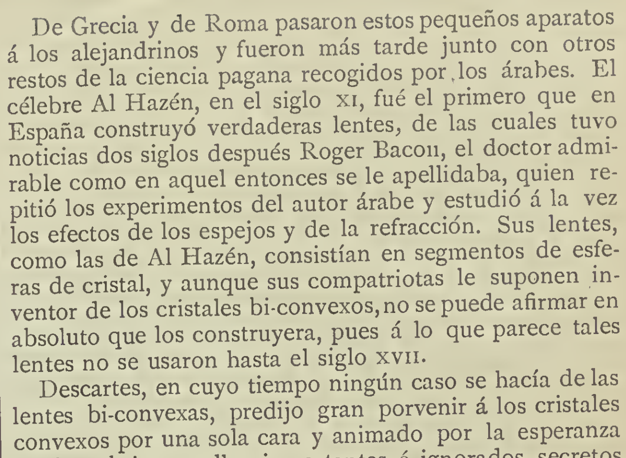
(Tomado de *La Nature*)



HISTORIA DE LOS MICROSCOPIOS

LOS MICROSCOPIOS SIMPLES

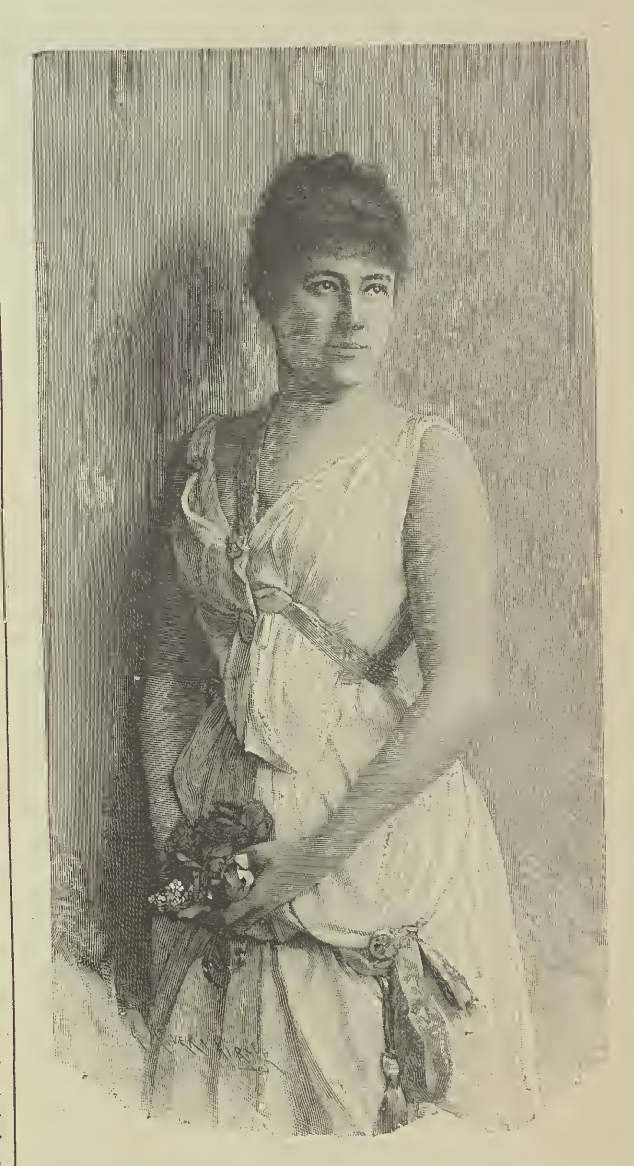
Los cristales de aumento datan de remota antigüedad; Aristófanes habla de ellos en su comedia «Las nubes»; en Roma consagraron los filósofos á fines de la República su atención á los aparatos susceptibles de aumentar la potencia de la visión y Séneca, bien que sin hacer de sus observaciones ninguna aplicación importante, conoció la propiedad aumentativa de una bola de cristal llena de agua y notó que con ayuda de la misma podía leerse la más diminuta escritura.



De Grecia y de Roma pasaron estos pequeños aparatos á los alejandrinos y fueron más tarde junto con otros restos de la ciencia pagana recogidos por los árabes. El célebre Al Hazén, en el siglo XI, fué el primero que en España construyó verdaderas lentes, de las cuales tuvo noticias dos siglos después Roger Bacon, el doctor admirable como en aquel entonces se le apellidaba, quien repitió los experimentos del autor árabe y estudió á la vez los efectos de los espejos y de la refracción. Sus lentes, como las de Al Hazén, consistían en segmentos de esferas de cristal, y aunque sus compatriotas le suponen inventor de los cristales bi-convexos, no se puede afirmar en absoluto que los construyera, pues á lo que parece tales lentes no se usaron hasta el siglo XVII.

Descartes, en cuyo tiempo ningún caso se hacía de las lentes bi-convexas, predijo gran porvenir á los cristales convexos por una sola cara y animado por la esperanza de descubrir con ellos importantes é ignorados secretos de la naturaleza esforzóse por aumentar las imágenes resultantes de las lentes «haciendo que sus rayos se cruzaran muy lejos del ojo por medio de un tubo lleno de agua.»

Las verdaderas lentes bi-convexas son de fecha posterior: la primera mención que de ellas encontramos es en la curiosa obra *Ars magna lucis et umbræ*, publicada en 1646 por el sabio jesuíta P. Kircher, quien hace observar en ella que «los frascos de cristal en forma de bola son propios para dar toda clase de figuras» y después de indicar el uso que puede hacerse de estos que él llama *Smicroscopes*, dice: «Los hay de muy distintas clases, pudiendo servir para este objeto cualquier sección de una esfera de cristal. Algunos se sirven de dos lentes convexas, otros emplean grandes bolas de cristal llenas de agua y otros, por el contrario, acudiendo á un *invento nuevo* y muy ingenioso, encierran en un tubo A B (fig. 1) pequeñas esferas de cristal C, de un diámetro no mayor del de las más diminutas perlas. Si colocáis una pata de pulga junto á la superficie de la esfera, entre el ojo y la lámpara, la veréis ¡cosa admirable! del tamaño de un caballo; un pelo puesto sobre este cristal tomará las dimensiones de una viga, siendo lo más admirable de todo esto ver cómo una esfera tan pequeña puede representar objetos tan enormes.»



CLARA MEYER, en *Hero;* artista dramática

En la misma obra hizo Kircher (fig. 2) la descripción y el dibujo de una linterna iluminada por una bujía y provista de un espejo para «hacer ver la escritura (ordinaria) á lejana distancia perfectamente legible,» aparato cuya potencia amplificante aumentó con la adición de un cristal dióptrico al espejo: tal fué, con los nombres de linterna catadióptrica, taumatúrgica, megalográfica y mágica con que sucesivamente se la designó, el embrión del microscopio solar, habiendo sido especialmente empleada para proyectar la imagen aumentada de los pequeños animales.

Pero á pesar de las hermosas dimensiones de las imágenes obtenidas por medio de la proyección, fué siempre preferida la observación con la lente, puesto que de



LA RENDICION DE BAILEN, cuadro de Casado (dibujo á la pluma de P. Eriz)

este modo aparecían aquéllas mucho más limpias. Los micrógrafos, para obtener mayor aumento, se dedicaron á reducir el diámetro de las lentes, mas fueron muy contados los que lograron construirlas muy diminutas para su uso particular hasta el punto de que Baltasar de Monconys, no obstante sus minuciosas investigaciones, sólo ha podido citar las que vió en los gabinetes de Renes, Vossio, Hudd y del canónigo Septalla, de Milán. Todos estos físicos preparaban sus cristales fundiendo una gota de vidrio fijada al extremo de una varita de hierro y sostenida al calor de la llama de una bujía. Igual procedimiento siguieron Roberto Hooke y Huyghens, siendo este último el que logró fabricar las lentes más pequeñas de cuantas hasta entonces se habían conocido, que interponía entre el ojo y dos pedazos de talco que sostenían el objeto que se quería examinar. «Una gotita de agua, dice, sacada de un vaso que haya contenido pimienta dos ó tres días, parece un estanque en el que se ve nadar infinidad de pececillos.» Hartzoeker hizo más cómoda la observación montando la lente de Huyghens en un bastidor en el que podía fijarse también el objeto.

Fig. 1.—Lentes bi-convexas de Kircher (1646), según el *Ars magna lucis et umbræ*

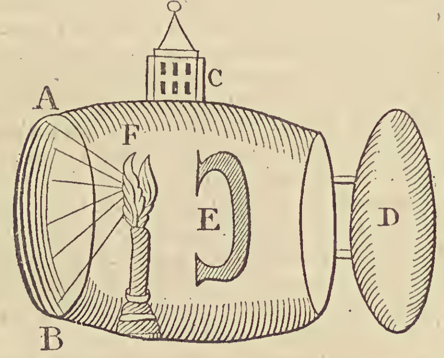


Fig. 2.—Microscopio de Kircher (1646) A B, espejo cóncavo. – C, chimenea. – D, ventana. – E, empuñadura. – F, llama.

Leeuwenhoeck perfeccionó estos aparatos, ya notables á pesar de necesitar para su funcionamiento la acción directa de los rayos solares, y á partir de 1675 se conquistó una fama europea por su modo de preparar las lentes, que después de su muerte (1723) describe su amigo Martín Folkes, vice-presidente de la Sociedad Real de Londres, en los siguientes términos: «Eran estos microscopios sumamente sencillos y consistían en un cristal doblemente convexo encajado entre dos placas de plata remachadas y provistas de un pequeño agujero; fijábase el objeto en una punta ó aguja de plata que por medio de ejes del mismo metal era susceptible de rotación pudiendo subir ó bajar, alejarse ó aproximarse al cristal según la naturaleza del objeto y las conveniencias del examen de las distintas partes del mismo...»

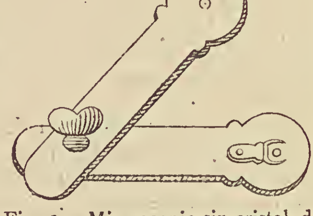


Fig. 3.—Microscopio sin cristal de J. C. Eimmart.

La colección de 26 lentes que Leeuwenhoeck legó á la Sociedad Real y que más tarde fué saqueada, debió contener cristales de inestimable valor á juzgar por las observaciones con ellas hechas por el autor. Sus lentes, en efecto, fueron las primeras que permitieron distinguir las bacterias, lo cual parece indicar que producían un aumento de 3 á 400 diámetros.

Después de este célebre micrógrafo los constructores de lentes se dedicaron principalmente á perfeccionar la montura de las mismas, mereciendo ser consignada en este período la simplificación que en estos aparatos introdujo un observador cuyo nombre ha quedado ignorado. Jorge Cristóbal Eimmart, astrónomo del observatorio de Nuremberg, refiere que un viajero «le mostró un microscopio sin cristal» consistente en una hoja de cobre (fig. 3) terminada en un disco del mismo metal en cuyo centro había un diminuto agujero: bastaba depositar en éste una gota de agua para que se redondeara y pudiera funcionar como lente; el objeto fijado en una alidada movible podía ser colocado á foco de la lente líquida. Este modelo fué copiado en muy distintas formas y en el siglo XVIII fué empleado junto con las lentes de cristal.

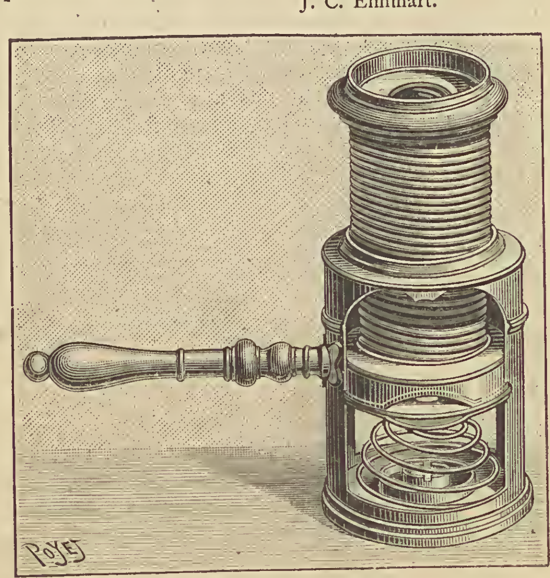


Fig. 4.—Microscopio de Wilson (1740)

Wilson inventó luego un microscopio de bolsillo dispuesto de manera que podían cambiársele las lentes según las exigencias del aumento (fig. 4) y finalmente Baker dió á conocer en 1743 un nuevo invento para fijar el microscopio de bolsillo y comunicarle luz por medio de un espejo (fig. 5), siendo esta la primera lente montada que se conoce y que no ha sido perfeccionada más que en los detalles de la montura.

Estos instrumentos con ser tan imperfectos han estado casi siempre, hasta fines del siglo XVIII, muy por encima de los microscopios compuestos. Cuando en nuestro próximo artículo estudiemos el origen, la embriología por decirlo así, de éstos, veremos que en el transcurso de los dos últimos siglos han contribuído mucho menos que las lentes bi-convexas al descubrimiento del mundo invisible.

(Continuará)

(De *La Nature*)

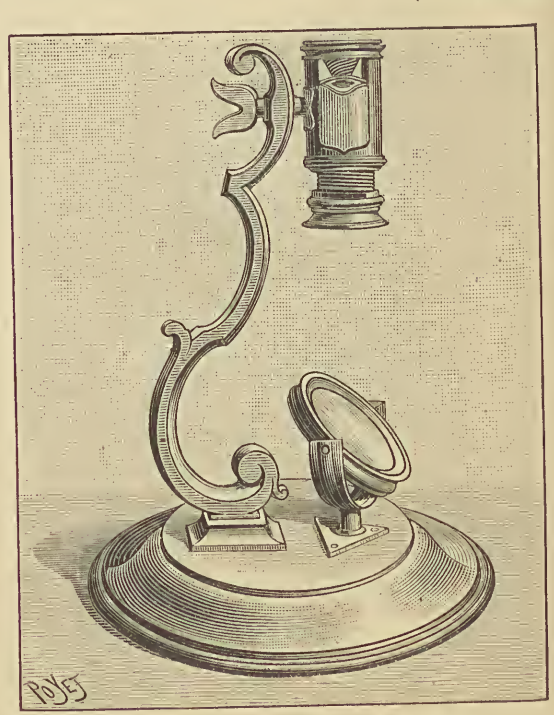


Fig. 5.—Lente bi-convexa montada, de Baker (1743)

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN